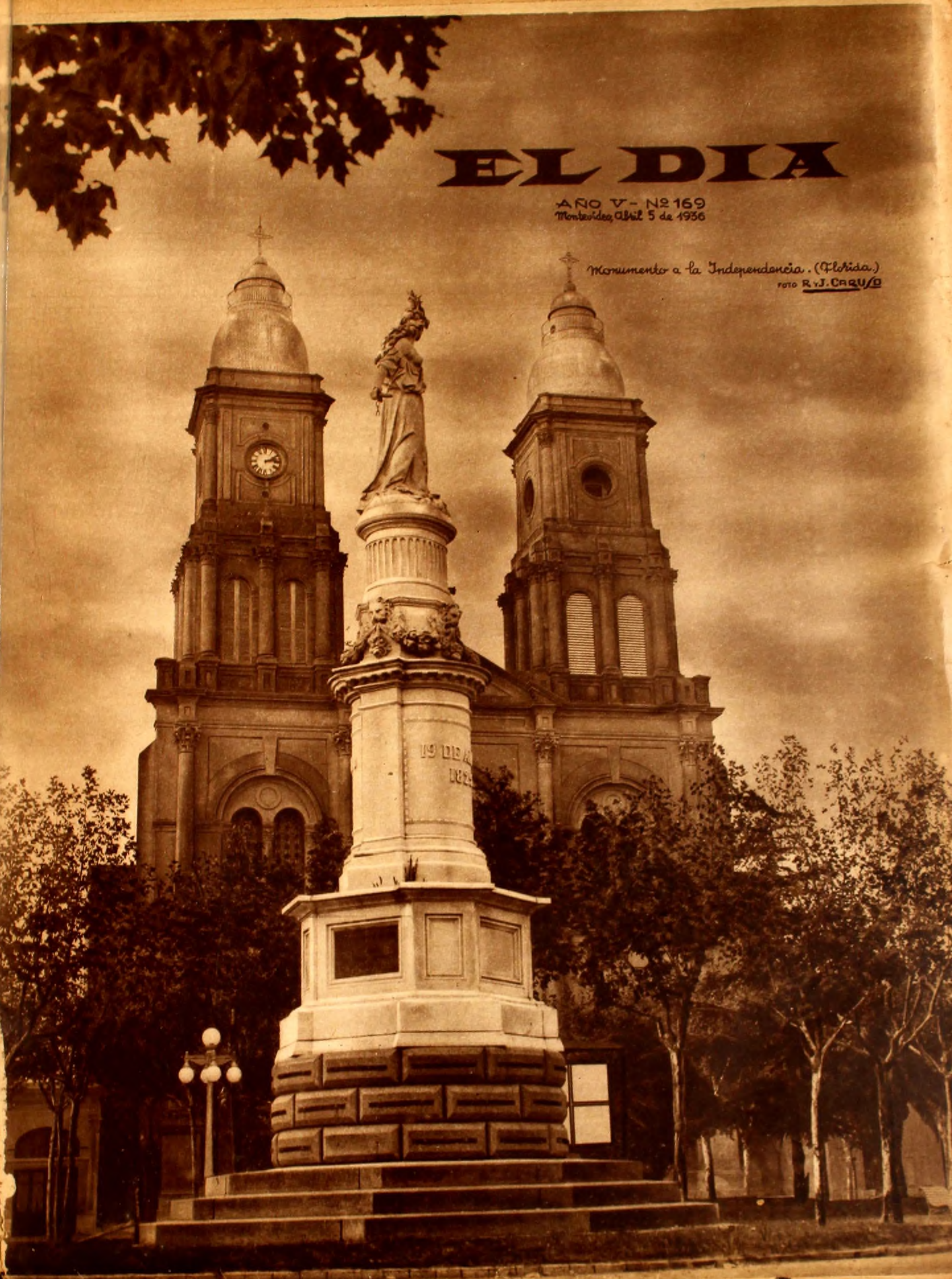
EL DIA

AÑO V - Nº 169
Montevideo, Abril 5 de 1936



Monumento a la Independencia. (Florida.)
FOTO R. y J. CARUSO



Patio de deportes, con un reloj de sol.



Biblioteca del Liceo Departamental, poco nutrida, pero moderna y de singular valor didáctico.

POBLACIÓN ESCOLAR



La Exposición de productos que se realiza en la ciudad de Florida, ha hecho converger las escuelas rurales de todo el Departamento, recorriéndose los pabellones de la Escuela Industrial y de los Deportes, donde han sido instaladas las muestras. Eso da a las calles un carácter singular, destacándose las filas de los muchachos con sus guardapolvos, tocados de aladas corbatas azules y rojas, en peregrinaje fatigante, silenciosos y evidentemente desinteresados de la riqueza expuesta. La plaza de deportes los anima y libera, y en ella vuelven a encontrar su vivacidad.

El edificio y las instalaciones del Liceo Departamental son adecuados, y desde luego uno de los mejores, —el mejor tal vez,— de todos los departamentales, con riqueza de material de enseñanza y amplitud en las aulas.



Plaza de Deportes, y pabellón con baños, vestuarios y modernísimas dependencias.



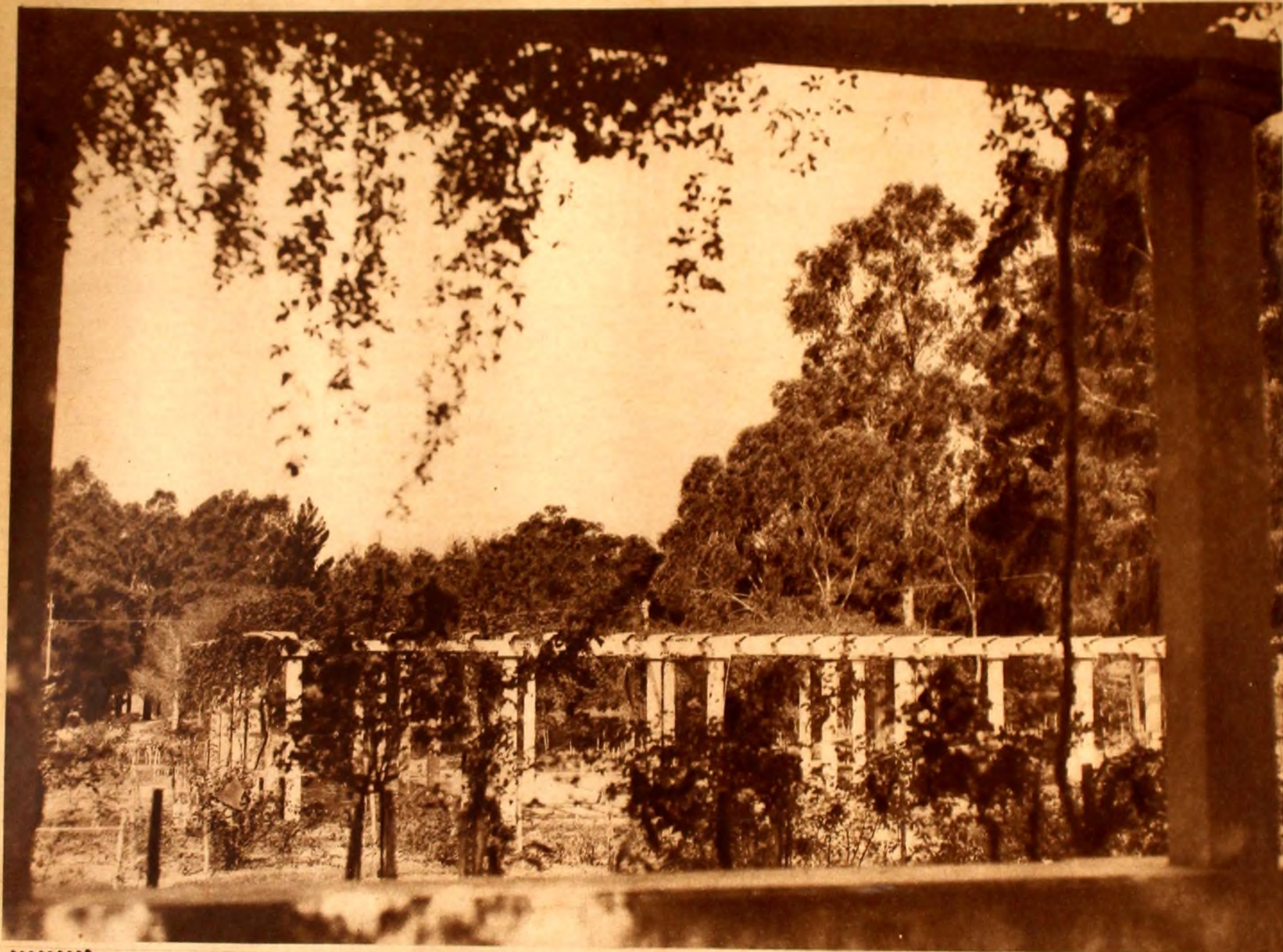


Pabellón en que están las instalaciones de la Exposición.

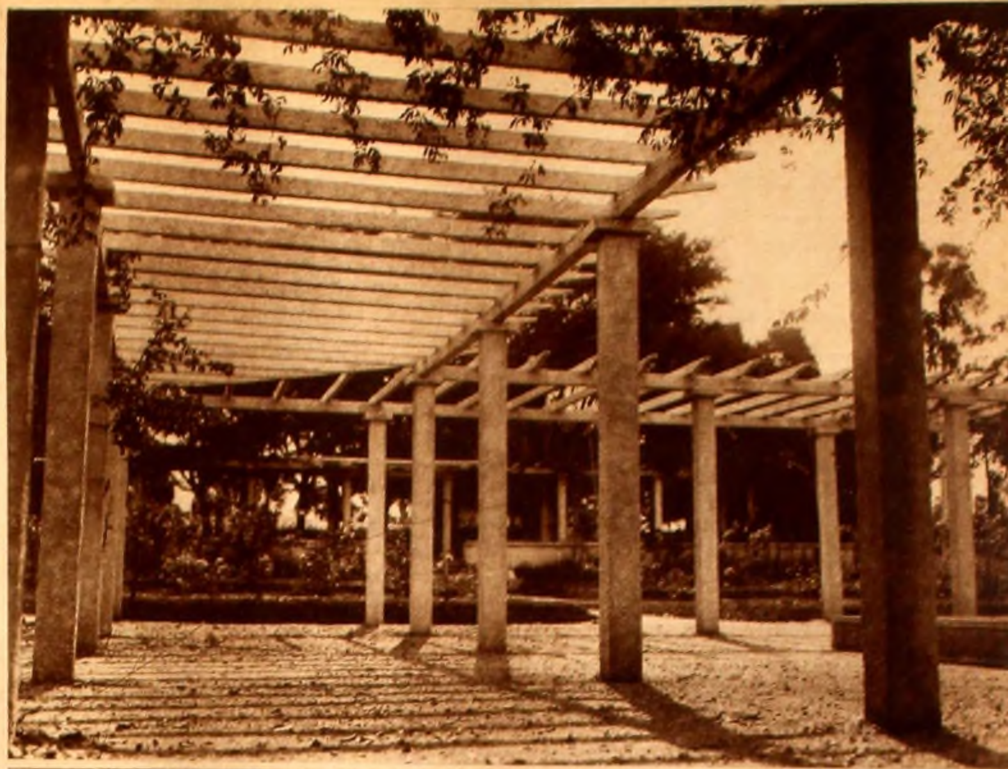


Clases mixtas de la Escuela Primaria, de la ciudad de Florida.









Pérgola del Prado, hermoso parque en el costado del Santa Lucía chico, con un magnífico rosedal lamentablemente descuidado, cegados los surtidores, y sin agua la alberca, restándole belleza ese abandono.



Una esquina ciudadana que conserva carácter colonial.



Desde uno de los ventanales del campanario se abarca el conjunto de la plaza.

MODA DE PARIS

Los Cabellos Rubios

Hoy hacen furor en París las mujeres rubias, pero no todas son "legítimas". Las francesas están empleando un método muy eficaz y original para cambiar el color oscuro del cabello, por el claro o rubio dorado: el "método de tres días". Consiste en aplicarse tres veces seguidas la manzanilla Verum (que se encuentra en las farmacias), preparada como una loción. Luego la usan una vez por semana para mantener el color deseado. Se consiguen ahora frascos económicos a $ 1.15 cada uno.



LA LEJÍA

Cuento por Etienne Gril.

CONSIDERANDO bien, y sín chicanear demasiado sobre la similitud, hay tres maneras de hacer la lejía... Sí, tres como máximo... Y, reduciendo a las más bajas cifras las estadísticas menos favorables, nueve veces en diez, la conversación entre dos buenas dueñas de casa conduce al asunto de las lejías.

—Yo, —dice la señora Pallard,— hago la lejía así...

Sólo en la tierra de Francia hay millares de señoras Pallard que creen tener una manera personal y definitiva de proceder, y que experimentan la necesidad de afirmarlo.

Mientras que la señora Pallard habla, su esposo, Luciano Pallard, quien se considera obligado a darse una vuelta por la sala el día de recibo de su mujer, piensa con melancolía, en el fondo de su sillón, que no ha pagado a la señora Pallard un mobiliario auténtico Aubusson y maderas selectas, un collar de perlas y algunas piedras de gran valor para que sólo se agiten en tan agradable sitio los temas del hogar, y esa inevitable lejía.

En los primeros tiempos de su matrimonio encontró todo eso muy bien; él mismo iba repitiendo que su mujer era una perla, que la limpieza monacal era extremada, algo muy bello, admirable para una mujer que disponía de cien mil francos de renta, no confiase a una asalariada el cuidado de lavar sus medias de seda. La lascitud del señor Pallard provino, precisamente, de esas medias de seda. Todos los días él encontraba algún par secándose en el cuarto de baño, sobre una toalla; después le había tomado manía a la limpieza y era cosa grave, puesto que él mismo era ferviente de la propiedad y la nitidez, madre de la higiene.

La cosa comenzaba temprano, en el cuarto de baño; su mujer lo espiaba a la salida y llamaba de inmediato a la mucama para "limpiar" algunas gotas de agua que el señor Pallard había salpicado sobre el piso de mármol. La mucama no perdía tiempo: era una muchacha sorprendente que estaba a su servicio desde hacía seis años, y que, a despecho de un cierto brillo en los ojos y una pequeñita sonrisa en la comisura de los labios, caía en gracia a su ama...

El señor Pallard se permitía algún gruñido cada vez que encontraba entre sus pies, ya a su mujer, ya a Irma, en procura de ceniza de cigarrillo, de algún almoadón dado vuelta o de una silla desplazada; apenas había arrojado la última bocanada de humo, que una u otra llegaba y se llevaba el cenicero. Las dos espiaban y maniobraban con la sonrisa.

—Tenemos un apartamento prolijo, constataba la señora Pallard satisfecha.

Ella aprovechaba para señalarlo que, en casa de alguna de sus amigos, algo no anduviera bien y poníase de acuerdo con ellas para establecer que un hombre, en una casa, es un elemento de desorden y de suciedad; el mérito mayor de la mujer se acrecienta combatiando contra ese elemento...

Era una lucha en que la señora de Pallard triunfaba en casi toda la línea. El señor Pallard gruñía de lo lindo, pero bien se sabe que el gruñido fué inventado por maridos de mujeres perfectas. El no había tenido más que dos rebeldías: la primera, cuando su mujer tuvo la pretención de deslizarle bajo los pies pequeños cuadros de lona protectores de la alfombra; arrojó el pequeño cuadro por la ventana, sin preocuparse mucho de quien pudiera recibirlo en la cabeza; la señora Pallard, sonriéndole, le hizo algunas observaciones, habló de la nerviosidad de los hombres y volvió a ponerle bajo los pies otros pequeños cuadrados que no tardaron en tomar el mismo camino. Al décimo, ella abandonó la partida y, bajo su escritorio, el señor Pallard pudo usar la alfombra a su gusto.

La segunda vez, la cosa fué dramática; el piso del salón estaba reluciente y era ello un motivo de orgullo para la señora Pallard. No había querido que se cubriera totalmente con un tapiz de fondo como en las otras salas; la carpeta, en medio, hacía resaltar en su torno el esplendor de la madera encerada... En una recepción había allí una media docena de mujeres perfectas, que habían agotado rápidamente todos los asuntos del día, incluso el de los trajes. La señora Pallard vestía en casa de una costurera renombrada, pero halagaba más su vanidad la admiración de sus propios talentos, y las amigas se extasiaban contemplando el traje de "voile blue" que ella misma se había hecho y que no estaba mal confeccionado. El asunto de los trajes liquidado, ella pasó a su encerado y dió a las otras la receta de una cera de su invención y que se le preparaba especialmente...

El señor Pallard sintió súbitamente que estaba harto. El conocía la fórmula de memoria por haberla oído detallar veinte veces. Se levantó.

—Te vas, querido? —preguntó la señora de Pallard, que lo amaba mucho.

—Vuelvo enseguida, —respondió él.

Volvió efectivamente, pero con un gran balde de agua que lanzó a través del salón y retirándose sin intentar el goce de su triunfo.

Posteriormente era la lejía lo que le atacaba los nervios. En esa ocasión había una variante, sin embargo:

—Yo, —dice la señora de Pallard,— no juzgo a una mujer por su salón, pero sí por su cuarto de baño y su cocina...

Ella traía con naturalidad el tema de la cocina para poder hablar de la lejía...

—Yo, hago la lejía así: pongo mi ropa en remojo...

El señor Pallard se encogió de hombros y estuvo a punto de retirarse.

—En estos momentos ensayo algo nuevo: algunas cucharadas de esencia de trementina en la lavadora...

No hay nada parecido para blanquear la ropa...

La señora Pallard no decía que el secreto lo tuviese de Irma, quien había oído hablar, y se lo había trasmitido con una sonrisa.

De inmediato todas las mujeres se lanzan a fondo contra las lavanderas que destrozan los encajes y las telas más sólidas, contra el agua de Javel, que quema la ropa blanca, contra las lavadoras mecánicas que las destruyen; una sola se abstenía, y parecía molestada. quizá usaba una lavadora mecánica o agua Javel, o bien, muy sencillamente, daba sus ropas a lavar afuera...

De pronto, un alarido en el fondo del apartamento. Todos lo oyeron a despecho de las puertas cerradas y de que el apartamento fuese muy grande.. Se pusieron de pie y pensaron en un accidente. La puerta se abrió y apareció Irma enloquecida, el rostro indescriptible, mechones de cabellos enrojecidos.

—Fuego! Fuego!, exclamó.

—Fuego, dónde?, preguntó Pallard.

—En la cocina. Se ha incendiado la lejía.

La pobre muchacha ya no se mantenía en pie. Cayó en los brazos de su patrón, que la confió a una silla y lanzándose hacia la cocina. Tres de las mujeres desaparecieron casi instantáneamente.

Las otras no tardaron en seguirlas, porque, la calle, bajo la casa, se animaba...

Las trompas de los bomberos se dejaban oir y se llamó a la puerta... En momento en que la señora Pallard iba a abrir, su marido se reintegraba al salón arrastrando el cuerpo de la cocinera, la que, deseando apagar el incendio en sus comienzos, había volcado sobre ella la lejía. Estaba un poco atontada, un poco asada y no mal inundada... Las últimas invitadas ganaron la puerta...

Los bomberos llegaron con sus aparatos extinguidores que no bastaron, y se debió emplear la manga, porque el fuego había salido de la cocina e invadido "el office", ganando el segundo corredor...

Mientras tanto, Irma volvió de su desmayo, la cocinera también; ésta gemía a causa de sus quemaduras, pero de inmediato se puso a injuriar a Irma:

—Yo te lo había dicho que con la porquería de tu trementina ibas a traer una desgracia...

—Es la señora que me dijo que pusiera la lavadora sobre el fuego...

Era, en efecto, la señora de Pallard la que no había tenido presente que la trementina era un producto esencialmente inflamable y que debía utilizarse en frío...

Los bomberos llevaron a la cocinera al hospital; circunscribieron el incendio y los Pallard no tuvieron que abandonar el apartamento...
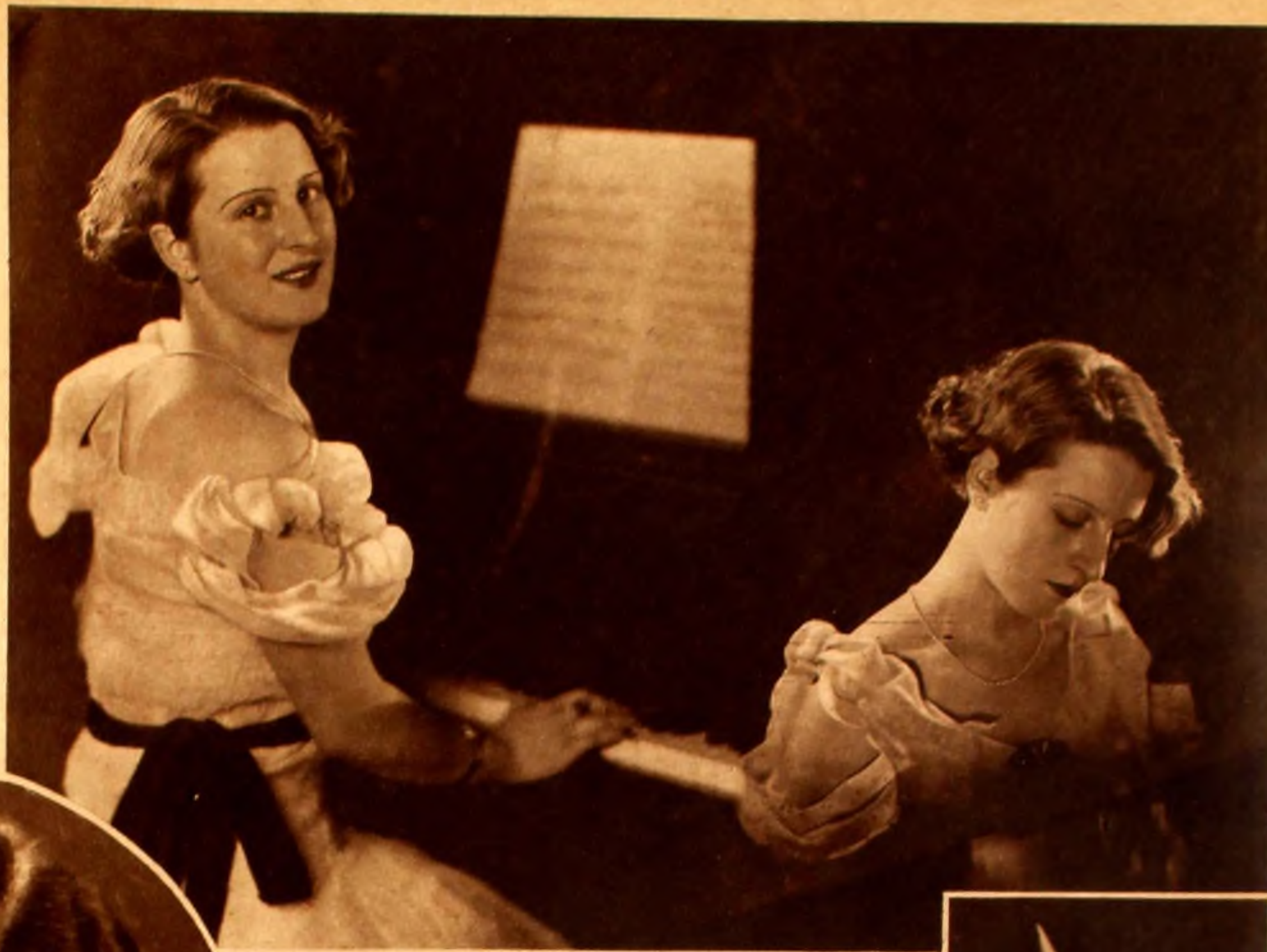
Un ancho arroyo que venía de la cocina y había empapado el tapiz del corredor, pasaba por la puerta del salón, lo atravesaba en diagonal y se internaba en el comedor. Cuando, al cabo de una hora de esfuerzo, los bomberos se retiraron, el señor Pallard les dió doscientos francos de gratificación; después volvió al salón donde su mujer e Irma, aturdidas aún, contemplaban cómo se iba secando el arroyo.

—Suponiendo, —dijo,— que la compañía de seguros sea muy generosa, todavía tendré que sacar algunos billetes de a mil de mi bolsillo... A esa tarifa, prefiero que den el lavado afuera... Perderemos menos... Y aprovecharemos esta oportunidad para clavar un tapiz en el salón.

En las grandes desgracias se encuentra siempre el amo; agobiada por sus responsabilidades, la señora de Pallard no reaccionó. Dejóse arrastrar hasta su tocador por Irma, la que todavía gemía su desgracia. Entretanto, el señor Pallard recogía los trozos de un "Potiche" de gran precio y murmuraba: El más bello día de mi vida.

ilustrado por Cristar

SOCIALES



Sta. Marne H. Zalento.
FOTO Yarovof



Sta. Elena Ruiz Prinzo
FOTO Marchese



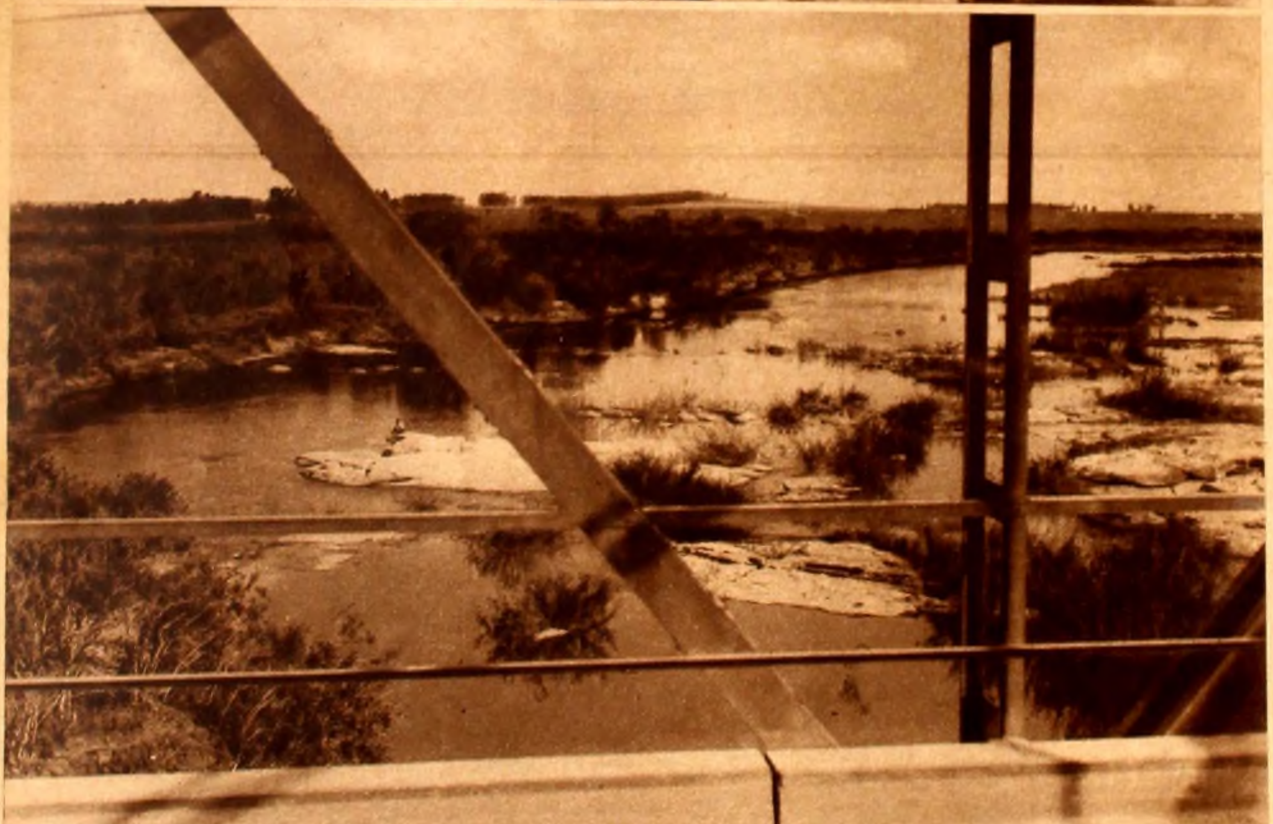
Sta. Lola Santini Rodriguez
FOTO Marchese.



Marthita Echevarría Canavero.









Vistas del Río Santa Lucía Chico, en la ciudad de Florida, con piedras ilustres que sirvieron de primer pedestal a los patriotas de la Independencia Nacional, y hoy están condecoradas por placas que recuerdan la efémeride, y testimonian la devoción del pueblo.







SANTA LUCIA CHICO





Retrato del artista francés Sr. Alfredo Michon, que firmaba sus trabajos con las iniciales solamente.





Dr. José Pedro Ramírez, nombrado por el general Lorenzo Batlle, agente confidencial ante el Gobierno Argentino, para entender en las negociaciones de paz con el coronel Timoteo Aparicio.

Los generales José Gregorio Suárez, Enrique Castro y Francisco Caraballo.



LAS CARICATURAS



Dr. José Cándido Bustamante



El general Enrique Castro, en persecución del ejército de Timoteo Aparicio.

LA caricatura política tuvo en Montevideo su época de auge, y casi puede decirse sus comienzos, cuando la Guerra Grande, cuando los emigrados argentinos se valían del dibujo satírico para combatir y ridiculizar la tiranía de Rozas. Hecha la paz, la prensa de la capital entró, en ese sentido, en un terreno de calma, hasta el año 1869 en que llegó a estas playas el dibujante francés Alfredo Michon, de gran fama por su actuación brillante en la Escuela de Bellas Artes de París, con especialidad en la caricatura. Era muy joven cuando salió de su patria para la América del Sur, en busca de más propicio ambiente a sus aficiones, quedando en Río de Janeiro donde no tardó en colaborar e ilustrar los mejores periódicos literarios y de caricaturas. Cabe suponer que sus trabajos encontraban compensación, pues quedó 12 años, alcanzando buena situación financiera, volviendo luego a Europa por donde realizó una gira extensa.

En 1869 cruzó nuevamente el Atlnático, — sus amigos creyeron que haría nuevamente puerto en el Brasil, — pero tentado por sus compatriotas radicados en Montevideo, quedó aquí instalado. Pocos días después ingresaba en la litografía de Bajac, su compatriota, instalado el taller en la calle Cerrito N.o 88, y allí realizó una obra importantísima, con los retratos del General Artigas, de Lavalleja, de Fructuoso Rivera, Melchor Pacheco y Obes, Venancio Flores, Juan Carlos Gómez, Eugenio Garzón, Plácido Ellauri y tantos otros que, en distintas notas, se han hecho conocer por este "suplemento", pudiéndose apreciar un parecido notable y fineza en la composición, sin nada que envidiar a las litografías europeas.

Ilustró en ese tiempo, inteligentemente, el famoso periódico "La Ortiga", donde se reveló el caricaturista consumado, realizando la sátira con elevación de miras. Varios años después estuvo en Buenos Aires, y allí tuvo la parte gráfica del semanario de caricaturas "La Presidencia", que sostenía la candidatura de Mitre. De allí pasó a otro periódico titulado "El Petróleo". En ese interín, Michon estuvo varias veces en Chile, donde cambió radicalmente de género, dejando la caricatura, que era su especialidad, para dedicarse a los motivos históricos, los que presentó a la Gran Exposición Nacional, siendo adquiridas sus obras por el Estado.

En otro de sus viajes hizo los croquis de las principales batallas libradas entre las Repúblicas del Pacífico, desconociéndose el paradero de esas telas. Allá por el año 1884 volvió nuevamente a Montevideo, ingresando al personal de dibujantes de la casa Godel y Cía., ocupándose especialmente de la parte ilustrada del periódico "El Indiscreto", en cuya carátula aparecieron los retratos de los hombres eminentes del país, siendo muy importante la obra legada por el artista francés.



Dr. Francisco Antonio Vidal, —cinco veces presidente de la República— algunas en ausencia del presidente don Venancio Flores, otra completando el período del presidente Latorre y como presidente cinstitucional en 1886.

(De la colección del Sr. Roberto Pietracaprina)

Pedro Varela, tres veces Presidente de la República en cortos períodos.



de ALFREDO MICHON en 1870



Los generales Enrique Castro y José Gregorio Suárez, nombrados comandantes al Norte y Sur del Río Negro.



Dr. Manuel Herrera y Obes. Ministro de Relaciones Exteriores del presidente don Lorenzo Batlle.



GRETA GARBO

ilustrado por Cristar.

HABLAR de "cine" sin tener en cuenta la cifra Norteamérica para resolver cualquier ecuación es notoriamente equivocado. Es como hablar de la historia de la pintura y prescindir de Italia. Es como hablar de filosofía y olvidar a Grecia. Ese gran bloque multitudinario, dinámico y frenéticamente edonista de Norteamérica ha creado el "cine", y no se crea nunca un arte colectivo sin que la colectividad no talle en él sus rasgos y sus anhelos, como en las catedrales góticas está expresado en piedra de evasión el sentido de la fe de los pueblos nórdicos.

Una confrontación entre aquello que en "cine" crea Norteamérica y aquello otro que limita, entre lo que alcanza y lo que acorta, puede darnos la síntesis de muchas resoluciones a problemas que planteemos. Sin entrar ahora a mano armada en el cercado, hablemos dos palabras sobre el héroe. Norteamérica tiende siempre a transformar al héroe cinematográfico en ídolo. Esto tiene gran importancia, pues desde el momento en que el héroe pasa a ser ídolo deja de pertenecerse, deja de ser razonablemente un ser valioso, para pasar a la zona del encantamiento y la sugestión, donde se transforma en divinidad colectiva. Cuando esto sucede, el ídolo se debe a la fe, a la creencia absoluta, y para quebrantar cualquier fe, que es siempre plácida como un cielo de agosto, se necesita ser un poco hereje, tener punzante la disconformidad, que siempre es riesgo y aventura.

Apliquemos esta doctrina a nuestro problema. Greta Garbo, ella por sí, se ha prestado maravillosamente, con una conformidad temperamental, a transformarse, a pasar de la zona humana del héroe a la zona divina del ídolo, de ser personaje a ser fantasma, pues toda divinidad es el fantasma de nuestra idolatría y el eco lejano de nuestras voces más interrogantes.

Esta es la clave interna de su gran éxito. Ella, como una ingrávida sombra, se ha dejado conducir dócilmente desde la tierra al Olimpo, y en él vive, con una maestría asombrosa, su elevación y su destierro, a la vez, de divinidad, de inmaterialidad, de ser y no ser, de misterio y encanto. Yo fuí, frente a ella, el primero que intentó dar poesía a las sombras — biografías de sombras, dije entonces, — colocando de este modo a las figuras de "cine" más allá de la realidad, de la materialidad. Y nadie como Greta Garbo ha cumplido tan devotamente un destino de sombra, un destino poético de lejanía misteriosa, de bruma, de confín borroso, de vida elevada hasta el alto y universal cielo del mito. Se comprende que en un mundo humano como el del "cine", donde se debaten con desesperación y ambición fama e intereses cuantiosos, y la gente rastrea con toda clase de contorsiones, una figura así, inabordable, inaccesible, fantasmagórica y evasiva, tenga como ninguna otra una gloria excepcional y una idolatría devota.

Norteamérica ha hecho con Greta Garbo lo que ese país hace siempre que puede con los héroes: divinizarla. Pero esto no se realiza nunca sin menguar un poco la personalidad, mejor aún, sin limitarla, pues lo divino es lo perfecto, lo acabado, lo plenamente hecho, y nada como la perfección tiene tanto encuadramiento, tantos límites y bordes precisos.

Después de conseguir la divinidad de la artista, lo que ha hecho Norteamérica es mantener su culto, mantener el fuego sagrado; es decir, continuarla a ella en lo que primitivamente fué, avivando en cada obra la llamarada del mismo fuego. Nada de aventura, nada del juego y el riesgo que acompaña a todo héroe. Nada de ensayar y cambiar, de perderse o engrandecerse. Nada. Una acomodación utilitaria, una explotación fácil, una especie de renta de divinidad, como la que en algunas capillas producen los lejanos milagros de algunos santos. Esto han preferido que sea.

Es así que a lo largo de la lista de sus numerosas obras vemos que en definitiva hay en Greta Garbo un genio dramático frustrado, no por ella misma, que tal vez no ha podido desprenderse de la divinidad adjudicada, sino por la misma América, por el imperio psicológico de las mismas masas, por el producto en serie, por el clisé, por la rotación, por la multiplicación, por la "standardización", en suma.

Muy pocas veces los argumentos interpretados por Greta Garbo han estado a la altura de ella, de su genio dramático, y nunca, en estos diez años de su carrera, se han estudiado a fondo sus posibilidades ni se ha intentado concertar la creación y la interpretación con ambiciones verdaderamente superadoras. Han creído que ella se bastaba a sí misma, y en efecto se ha bastado, porque su personalidad está por encima del mundo en que se ha desenvuelto. Pero cuando en conjunto y exigentemente la analizamos, vemos con amargura que hay en ella algo de incumplido, de imperfecto, de limitado, de no logrado. Vemos que su indudable genio dramático ha sido, por culpa de todos, amanerado, frustrado. Siempre recordaremos aquella obra suya, "Romance", en que un gran intento poético a cuya línea ella se adaptaba maravillosamente, quedaba roto, sin vida, sin interés, por falta de contenido y por impericia de dirección. Casi toda su obra adolece de este mismo fracaso, de esta diferencia entre lo que ella puede hacer y lo que hace, entre lo que es y lo que le hacen ser.

A nuestro juicio, Clarence Brown — su director casi continuo — ha sido funesto, no para su carrera artística, que se la ha dado brillante, sino para su genio dramático, que se le ha frustrado, que se le ha recortado. De que esto es verdad lo prueba el hecho de que Rubén Mamoulin hizo con Greta Garbo tal vez la mejor película que ella ha interpretado: "La reina Cristina de Suecia".

A Greta Garbo le ha faltado evadirse un poco del espíritu de Norteamérica, como ha hecho "Charlot", como intenta hacer ahora Paul Muni. Dejar de ser ídolo y quedarse en héroe, en el héroe, personaje siempre humano, que a cada momento arriesga el todo por el todo y que cada victoria suya supone un más allá en la inquietud y en las conquistas del arte.

César M. ARCONADA.

KARNAK



Perspectiva de la sala hipóstila del rey Ramses II, en el templo de Karnak.

LOS nombres de los primeros reyes de la dinastía XIX van hoy estrechamente unidos a una de las más grandiosas construcciones del mundo, la gran sala hipóstila del templo de Amon, en Karnak. La parte posterior del "templo del Imperio" (como se le llamó, no sin razón) cuyas huellas más antiguas se re-



Parte superior de una estatua del dios Kons. Granito. De Karnak.

montan hasta el Imperio Medio, había experimentado radicales transformaciones en el primer período del Imperio Nuevo, aunque no por esto pudo lograr un conjunto impresionante, efectivo y claro, que no se revelara simplemente en el plano, sino que se manifestare también al visitar el templo. Hay tres pilonos sucesivos de crecientes dimensiones, a poca distancia uno de otro, y ante estas masas formidables y próximas, construyó Amenofis III un recinto, más grande todavía. Si se piensa en Luksor y en los otros templos de Amenofis III, buscaríamos también aquel pasillo de columnas en dos hileras que se abría ante el visitante, formando el comienzo de la avenida de las procesiones. No puede decirse quien concebiría el plan de construir aquí, en forma de gran sala hipóstila, la galería de columnas, que hasta entonces faltaba en el templo. El nombre más antiguo consignado en los muros es el de Ramses I. La gigantesca construcción de la sala hipóstila de Karnak ha sido muy discutida. Resulta imposible describir la inmensa impresión experimentada por quien penetra por primera vez en esta selva de columnas y va de una serie a otra, entre las elevadas figuras de reyes o dioses que surgen por todas partes, completas o fragmentarias, pintadas sobre las columnas. En la sala hipóstila de Karnak se eleva hasta el máximo una característica de la arquitectura egipcia: su tendencia a poblar las salas con espesas columnas o pilares.

Para explicarlo se han presentado dos hipótesis: se ha dicho que a consecuencia de una especie de horror al espacio por motivos metafísicos, debió achicarse con columnas próximas un recinto que al principio se dispuso con amplitud, o bien se ha supuesto que de antemano debió suscitarse el sentido de la estrechez. En realidad, esta manera de disponer las columnas ha surgido de la técnica. Como en Egipto no se conocían las bóvedas de dovelas de piedra, tenían que aplicar los dinteles de piedra, y el ámbito de estos es limitado. Pero lo mismo que con el hermetismo de las estatuas de piedra, los egipcios han elaborado, sacándolas de lo que les daba la técnica, sus especiales posibilidades de actuación. En la arquitectura cesa la imitación de la naturaleza en los rasgos capitales del conjunto, y las formas vegetales quedan reducidas a los capiteles de las columnas.

La nueva tendencia se muestra en los relieves que el rey hizo disponer en el paramento septentrional de la gran sala hipóstila de Karnak. Desde las placas prehistóricas de pizarra encontramos representaciones simbólicas de guerras en las que el rey domina el campo de batalla en figura de león, de toro o de grifo, o bien, adoptando un motivo que persiste en el arte egipcio hasta su fin, da muerte a un enemigo o a un grupo de enemigos



Estatua de granito, de Amenhotep, hijo de Hapu. De Karnak



Recorte esta hoja cada semana y podrá formar un buen mapa de la Republica


Tarzan
EL MONSTRUO
por EDGAR RICE BURROUGHS
SIBILA GRITÓ ATERRORIZADA AL SENTIRSE ASIDA POR EL VIGOROSO MONO QUE ESTABA LOCO DE HAMBRE Y DE MIEDO
PERO TARZÁN INTERVINO EN EL ACTO APRETANDO CON TODAS SUS FERZAS EL PESCUEZO DE LA FIERA. "SUELTA", LE GRITÓ.
CONFORME BOHGDU IBA AFLOJANDO, TARZÁN TAMBIÉN ALIVIABA SU PRESIÓN.
EN UN ARRANQUE SÚBITO SE SOLTÓ Y SE CORRIÓ AL EXTREMO OPUESTO DE LA BALSA; SE INCORPORÓ, GOLPEÁNDOSE CONTINUAMENTE EL PECHO Y GRUÑENDO FEROZMENTE. TARZÁN SE LE DIRIGIÓ: "PIENSAS HACERME DAÑO A MÍ QUE SOY TU AMO?"
BOHGDU LO CONTEMPLÓ DESCONCERTADO. LA LOCURA HABÍA BORRADO DE SU CEREBRO TODO LO QUE NO FUERA UNA PREDOMINANTE SENSACIÓN DE HAMBRE.
"MÁTELO" CLAMABA LA MUCHACHA ESPANTADA; "O ÉL NOS MATARÁ." TARZÁN MENEÓ AMARGAMENTE LA CABEZA.
"NO! LA LOCURA DEL HAMBRE IMPULSA A LOS HOMBRES A HECHOS HORRIBLES. DEBEMOS ESPERAR MAS DE ESTE POBRE ANIMAL? TALVEZ YO LO PUEDA CALMAR".
SE AGACHÓ EL MONO, QUIEN SABE CON QUE IDEAS; ENTONCES TARZÁN CONTINUÓ: "DIVIDA EL ALIMENTO EN DOS PARTES. USTED GUARDE UNA; LE DA LA OTRA A BOHGDU."
EN ESE MOMENTO LA BALSA HIZO UN MOVIMIENTO BRUSCO. SIBILA Y BOHGDU ADVIRTIERON DEL PELIGRO A TARZÁN PERO YA ERA TARDE.
UNA OLA ENORME BARRIÓ LA BALSA Y ARRASTRÓ AL HOMBRE MONO AL MAR.
H. FOSTER
Y CUANDO TARZÁN QUISO NADAR DE VUELTA A LA BALSA, UN TIBURÓN MONSTRUO EMERGIÓ DE LAS PROFUNDIDADES Y AVANZÓ AL ATAQUE.